

La Parábola del Sembrador

Introducción:

Ver, oír, entender.

Para entender mejor la Parábola del Sembrador, es preciso que comprendamos muy bien que el ser humano, en las cosas espirituales, no puede ni ver, ni oír ni entender. Habiendo entendido claramente eso, será fácil entender esta explicación de la Parábola del Sembrador.

En la Biblia, el llamado del Evangelio se expresa de diversas maneras. El llamado se hace desde diferentes ángulos y apela a nuestros diversos sentidos, a diferentes partes de nuestro ser. Tenemos, por ejemplo, el muy conocido llamamiento que se encuentra en Isaías 45: 22: “Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra, porque yo soy Dios, y no hay más”. Aquí se apela al sentido de la vista.

Tenemos también, por ejemplo, el conocidísimo versículo de Mateo 11: 28, “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar”. Y también, “Buscad a Jehová mientras pueda ser hallado, llamadle en tanto que está cercano” (Isaías 55: 6). Aquí se está apelando a la obediencia del corazón, a un corazón que entiende, a un corazón de carne.

Y tenemos el llamamiento: “Oídme atentamente, y comed del bien, y se deleitará vuestra alma con grosura”. Y “Inclinad vuestro oído, y venid a mí; oíd, y vivirá vuestra alma; y haré con vosotros pacto eterno, las misericordias firmes a David”. Isaías 55: 2b, 3. En la Biblia encontramos continuamente el llamado a mirar, a oír y a obedecer con un corazón que entiende.

¿Quién hace el llamado? Dios. “Yo soy Dios y no hay más”, nos dice Isaías 45: 22. Dios creador, omnipotente, omnisciente, que conoce a todos los seres humanos, que conoce nuestra condición caída, perdida, y que ama primero, según nos informa 1 Juan 4: 10: “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados”.

a) *Es un mensaje acerca de un Dios a quien no conocemos.* El Evangelio es un mensaje de Dios. Viene de Él y es esencialmente una revelación acerca de Él. Ha sido dado a la humanidad por Él, y sin el Evangelio no seríamos nada sabios acerca de Dios o de nuestra situación acerca de Él. Dios es el foco central del mensaje. Transmite al hombre hechos acerca del carácter de Dios, de Sus pensamientos, de Sus deseos y Su voluntad.

b) *Dios es el Creador y Sustentador del mundo.* A ese Dios tenemos que entender. De entrada se establece que tenemos que tratar con un ser de inmenso poder y gloria.

c) *Él es un Dios de bondad.* Es el proveedor de todas las cosas que son necesarias para nuestra existencia. Es un Dios bueno.

d) *Dios es soberano.* No se puede hacer nada, no se puede lograr nada a menos que el grandioso Soberano y Gobernante lo permita.

e) *Dios es santo.* Dios no es alcanzable por los esfuerzos del hombre para encontrarlo y conocerlo. Él está muy por encima del conocimiento y del entendimiento del hombre. El hombre necesita la revelación de Dios.

f) *Dios tiene que mostrarnos cómo acercarnos a Él.* Puesto que Dios es santo y separado de los pecadores, el hombre no está en libertad de determinar cómo acercarse a Él. Todos los métodos del hombre para acercarse a Dios son inválidos e inútiles.

g) *El hombre no agrada a Dios.* Dios expresa ira hacia la humanidad. Dios no está satisfecho con los logros y esfuerzos de los hombres. Los mandamientos de Dios son quebrantados continuamente. El quebrantamiento de la ley de Dios no es un principio abstracto. Significa que hemos pecado contra Dios mismo. Su ley alberga, como algo precioso, Su carácter y Sus deseos. La ofensa es personal.

h) *El hombre es un pecador.* El hombre ignorante que no sabe nada acerca del verdadero Dios, pero está bajo Su ira, y es fundamentalmente un pecador. No ha aprendido nada de las cosas que Dios ha hecho por él. Pero el hombre no sólo realiza actos de maldad. Su misma constitución y su ser están separados de Dios. Su corazón está contra Dios y contra Su ley. El hombre no es capaz de adorar a Dios o de acercarse a Él. Entonces el juicio es una consecuencia inescapable de la santidad de Dios y de la

pecaminosidad del hombre. Pero Dios ama demasiado al pecador para dejarlo en la ignorancia.

¿Qué tiene que hacer el hombre para ser salvo? Según el Evangelio, tiene que mirar, oír, obedecer. Son cosas relativamente sencillas. Son cosas que hacemos continuamente todos los días, la mayoría de nosotros con suma facilidad. A menos que se sufra de alguna enfermedad degenerativa que afecte la vista o el oído, o de alguna enfermedad psicológica que afecte la voluntad de obedecer, lo hacemos a diario. La edad va minando esas facultades, pero son cosas fáciles. Son tan fáciles, que una gran mayoría de las personas cree poder hacerlo por sí sola, cree poder alcanzar la salvación o al menos cree poder aportar algo sustancial a su salvación. A lo largo de los siglos, a lo largo de toda la historia del Antiguo Testamento, en el Nuevo Testamento y en toda la historia desde entonces, la gente ha creído que ‘sí se puede’, que uno sí puede hacer algo por su salvación.

Pero la Biblia nos enseña tristes historias que revelan todo lo contrario. En Deuteronomio 29: 2, 3 vemos a Moisés, ya anciano, diciéndole al pueblo que había sido liberado de Egipto: “Vosotros habéis visto todo lo que Jehová ha hecho delante de vuestros ojos en la tierra de Egipto a Faraón y a todos sus siervos, y a toda su tierra, las grandes pruebas que vieron vuestros ojos, las señales y las grandes maravillas”.

¿Qué era lo que habían visto los judíos que salieron de Egipto? Habían visto las plagas que tuvieron unos propósitos específicos, tales como:

- 1.- Realizar una manifestación pública del poder de Dios (Éxodo 9: 16). Los propios magos habían tenido que reconocerlo (Éxodo 8: 19).
- 2.- Las plagas habían sido una visitación de la ira divina por el cruel trato dado a los hebreos.
- 3.- Eran juicios de Dios contra los dioses (demonios) de Egipto. Números 33: 4 y 1 Corintios 10: 20.
- 4.- Las plagas demostraron que Jehová está por encima de todos los dioses (Éxodo 18: 11).
- 5.- Habían sido una advertencia para las naciones (Josué 2: 8, 9) y (1 Samuel 4: 8). Las plagas estaban destinadas a establecer la fe de los

israelitas. Eran una revelación de Dios como el Dios vivo (Éxodo 12: 12).

Los judíos vieron caer el maná durante cuarenta años. Nunca falló. Era un alimento totalmente desconocido para el hombre, tanto en cuanto a su procedencia, como en cuanto a su contenido vitamínico y nutritivo. Se adaptaba a los ancianos, a los adultos, a los jóvenes y a los niños. Todos los israelitas se encontraban en una excelente condición física. Yo me pregunto cómo sería recibido hoy día por tanta gente hambrienta que hay en el mundo. Cómo sería recibido en Somalia. Seguramente con mucha gratitud. Pero el pueblo judío ¿qué decía? “Pues no hay pan ni agua, y nuestra alma tiene fastidio de este pan tan liviano” (Números 21: 5). Y sabemos que sí tenían agua pues Moisés les dijo: “Y él te sacó agua de la roca de pedernal”. Esto es confirmado por el Salmo 114: 8. Además, si no hubieran tenido agua se hubieran muerto de sed. En otras palabras, mentían.

Durante cuarenta años tuvieron una electricidad natural, y un techo natural. Tenían una columna de nube para guiarlos por el camino, y de noche una columna de fuego que les alumbraba. Números, capítulos 9 y 10. Pero además, la columna les advertía de la continua presencia y del cuidado permanente de Dios. Éxodo 13: 21, 22.

La promulgación de los diez mandamientos fue con todo tipo de señales. Éxodo 19: 16 en adelante. Además, Moisés baja del monte con dos tablas escritas por el dedo de Dios, que contenían un material desconocido para ellos. Era una revelación del carácter de Dios. Una revelación del interés de Dios de establecer una relación con ellos.

Habían visto el cruce del Mar Rojo. Vieron la protección especial de Dios para los judíos (Éxodo 14: 20), y el milagro realizado cuando Moisés extendió su mano sobre el mar. Si hubiera sido un milagro súbito e inesperado e inexplicable habría sido una cosa asombrosa, pero que fuera porque Moisés extendió su mano por instrucciones de Dios, era algo doblemente asombroso.

Además, salieron ricos de Egipto, con muchísimas joyas que les permitieron construir un tabernáculo hermosísimo, y con ropas, animales y ganados. La belleza de las cosas producidas en Egipto puede verse hoy día en el Museo Británico, en Londres.

Habían visto la serpiente de bronce, que los sanaba simplemente porque la veían.

El Señor ya les había dado dos grandes victorias sobre dos poderosos reyes, Sehón, rey de Hesbón y Og, rey de Basán. La Biblia nos habla del tamaño descomunal de Og, describiéndonos su cama. (Deuteronomio 3: 11) y (Números 21: 21-35). El Talmud Babilónico *Niddab* registra una tradición que no se encuentra en la Biblia, según la cual Sehón era hermano del rey Og (también amorreo), y también era un gigante. Para entender la naturaleza de esa victoria tenemos que recordar el enfrentamiento entre Goliat y los israelitas, y el temor que un solo hombre, Goliat, infundía en los israelitas (1 Samuel 17: 11, 24). También tenemos que recordar el miedo que sintieron los espías (Números 13, sobre todo al final del capítulo).

En ninguna otra época de la historia, con la excepción del ministerio de nuestro Señor, se han dado tantos milagros ni se han acumulado tantos prodigios como en aquellos cuarenta años de peregrinación en el desierto. Podemos decir que los judíos vivían en medio de milagros, y los veían continuamente a lo largo de cada día. Pero, ¿qué pasó después de todo eso? La respuesta es proporcionada por 1 Corintios 10: 1-5.

Pero a su vez, tenemos otra respuesta que nos proporciona el texto de Deuteronomio 29: “Pero hasta hoy Jehová no os dado corazón para entender, ni ojos para ver, ni oídos para oír”. Los milagros no tienen eficacia para salvación porque la palabra es la única que la tiene. Vemos en Juan 2: 23, 24, que nuestro Señor nos confirma eso mismo. Lo vemos también claramente en Lucas 16, al final.

Entonces en esos textos tenemos la responsabilidad humana y la soberanía de Dios. Es lo que los teólogos llaman una paradoja. Aunque los creyentes no podamos satisfacer el intelecto de los hombres, explicando la compatibilidad ineludible que hay entre la soberanía de Dios y la responsabilidad del hombre, por la fe, en cambio, no hallamos ninguna dificultad para entender estas cosas. Los hijos de Dios nos regocijamos en ambos hechos y entendemos que es justo someterse por completo a la voluntad divina. Dios tiene el derecho de actuar como le agrade. Nosotros, por el contrario, no tenemos ningún derecho de hacer como nos parezca y, al mismo tiempo, tenemos la responsabilidad de hacer todo aquello que agrada a Dios. El secreto para lograr abundantes bendiciones consiste en darle a Dios el lugar que merece y mantenernos a nosotros mismos en el lugar que nos corresponde. Conservemos estas verdades, paralelas y distintas, en sus respectivos lugares y

aceptemos que ambas son absolutamente ciertas. Todo eso, en cuanto a **ver**.

Ahora consideremos **oír**. El pueblo de Israel había oído a Dios. Deuteronomio 4: 33, pregunta: “¿ha oído pueblo alguno la voz de Dios, hablando de en medio del fuego, como tú la has oído, sin perecer?” También Éxodo 19: 19 nos informa que “Moisés hablaba, y Dios le respondía con voz tronante” y más adelante, en Éxodo 20: 19, el pueblo le dice a Moisés: “Habla tú con nosotros, y nosotros oiremos; pero no hable Dios con nosotros, para que no muramos”. Jeremías, en el capítulo 13 del libro del mismo nombre, nos informa lo siguiente: “Este pueblo malo, que no quiere oír mis palabras, que anda en las imaginaciones de su corazón, y que va en pos de dioses ajenos para servirles, y para postrarse ante ellos...” En Ezequiel, se nos informa que el pueblo dice: “Venid ahora, y oíd qué palabra viene de Jehová. Y vendrán de ti como viene el pueblo, y estarán delante de ti como pueblo mío, y oirán tus palabras y no las pondrán por obra; antes hacen halagos con sus bocas, y el corazón de ellos anda en pos de su avaricia”. Ezequiel 33: 30b, 31.

En cuanto al corazón que *entiende*, en cuanto al corazón que no se ha engrosado, esto es lo que nos dice la Biblia: en Jeremías 17: 9, se nos instruye: “Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?” En el mismo libro de Jeremías, en el capítulo 31: 32, se nos instruye: “No como el pacto que hice con sus padres el día que tomé su mano para sacarlos de la tierra de Egipto; porque ellos invalidaron mi pacto, aunque fui yo un marido para ellos, dice Jehová”.

Vemos entonces la forma en que reacciona el ser humano antes los milagros más impresionantes, ante la palabra y cuál es su corazón. Pero ahora vamos a considerar algunos versículos que nos hacen ver las cosas desde una perspectiva nueva, que viene a complementar la información que ya poseemos. Se introduce una nueva dimensión, por decirlo así. En el capítulo de Deuteronomio 29 que ya comenzamos a leer, Moisés dice: “Pero hasta hoy Jehová no os ha dado corazón para entender, ni ojos para ver, ni oídos para oír”. El libro de Proverbios, en su capítulo 20 y versículo 12 nos enseña: “El oído que oye, y el ojo que ve, ambas cosas igualmente ha hecho Jehová”. También en Isaías 6: 9 y 10 encontramos lo siguiente: “Anda y di a este pueblo: Oíd bien, y no entendáis; ved por cierto, mas no comprendáis. Engruesa el corazón de este pueblo, y agrava sus oídos, y ciega sus ojos, para que no vea con sus ojos, ni oiga con sus oídos, ni su corazón entienda, ni se convierta, y haya para él

sanidad”. De hecho el pueblo, al oír el mensaje de Isaías se endurecería más contra el Señor. El pueblo no podía creer porque no quería creer. La comisión profética de Isaías tendrá el irónico pero justamente merecido efecto de endurecer los corazones empedernidos de Israel. La sordera y la ceguera son mencionadas también en Isaías 29: 9, 42: 18, 43: 8, pero Isaías nos dice que un día la nación será capaz de ver y oír: 29: 18 y 43: 8.

Entonces, si las cosas son así de pesimistas y así de negativas, ¿qué es lo que se puede hacer? ¿Qué es lo que se puede esperar? Aquí es donde entra el Evangelio y nos aclara cuál es el camino. En Romanos, el apóstol Pablo dice: “Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego”. Noten que no es que el Evangelio sea poder porque creyó, sino que debido a que el Evangelio es poder, se cree. También en la primera Epístola a los Corintios en su capítulo 1 y versículo 18 dice algo equivalente: “Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios”. El versículo 21 de esa primera carta a los Corintios descansa en el hecho fundamental de que los seres humanos no pueden alcanzar a Dios por sí mismos. Por un lado, Dios es infinito, mientras que nosotros somos finitos. Por otro lado, Dios es santo, mientras que nosotros somos pecadores. En consecuencia, estamos doblemente separados de Dios. Así que Dios ha tomado la iniciativa para hacer lo que nosotros no podríamos hacer, es decir, poner un puente en el golfo que nos separa a ambos. El versículo 21 contiene tres contrastes que emergen cuando hacemos tres preguntas:

Primera pregunta: ¿Quién tomó la iniciativa de llegar a nosotros?
Respuesta: Dios lo hizo. Ya que en la sabiduría de Dios, el mundo a través de su sabiduría no lo conoció y no podía conocerlo, a Dios le agradó tomar la iniciativa para salvarnos.

Segunda pregunta: ¿Cuál fue el resultado de la iniciativa de Dios?
Respuesta: La salvación. A Dios le agradó salvar a los que creen.

Tercera pregunta: ¿Cómo fue tomada la iniciativa? Respuesta: a través del Evangelio. Ya que el mundo falló en alcanzar a Dios por medio de su propia sabiduría, le agradó a Dios salvarnos a través de la necedad de lo que se predica. Lo que se predica lleva poder. Lleva dinamita. ¿Dónde se nos habla de ese poder que menciona Pablo? En Isaías 55: del 8 al 11. Es un poder discrecional. “Hará lo que yo quiero”. “Será prosperada en aquello para que la envié”. Puede haber

una congregación llena de gente. Spurgeon predicó en ocasiones a multitudes de más de 20,000 personas y hubo cada vez muchas conversiones, pero las personas convertidas no fueron las 20,000 y tantas que estaban presentes. Lo mismo sucede cuando se habla en una base individual. ¿Qué es lo que hace ese poder? Regenera. Hace lo que Dios prometió en Ezequiel 36: 25-27.

Vamos a ver dos casos prácticos. que nos van a explicar esto. Vamos a trasladarnos a una pequeña localidad en el sureste de Inglaterra, llamada Colchester. La fecha es el domingo 6 de Enero de 1850.

A pesar de que Spurgeon buscaba la salvación por todos los medios, la paz de la redención lo eludía. Cargaba todavía un pesado fardo sobre sus hombros. Tenía que encontrar el perdón y el descanso. Sus lecturas de los ‘puritanos’ habían engendrado la culpa, el remordimiento y la miseria en su alma. Quería deshacerse de la carga y depositarla en el “sepulcro abierto.” Tenía una esperanza firme. Su herencia puritana le había enseñado eso. Razonaba con esperanza: “Ciertamente algún buen predicador me dirá cómo ser salvo, y cómo quitarme esta culpa y este sentido de pecado.”

Fue en esas circunstancias que recordó que su madre le había pedido que fuera a la iglesia metodista ubicada en Artillery Street. La madre había orado con muchísima frecuencia por la conversión de sus hijos. Charles nos refiere una de esas oraciones: “Recuerdo que en una ocasión, mi madre oró así: ‘Ahora, Señor, si mis hijos permanecen en su pecado, no será debido a la ignorancia que perezcan, y mi alma dará un decidido testimonio en contra de ellos en el día del juicio, si no se aferran a Cristo’. Esa idea traspasó mi conciencia y conmovió mi corazón.”

Entró a la iglesia en la que sólo se encontraban unas quince personas. Se sentó a unas cinco o seis bancas de la entrada. Inclino su cabeza, no tanto por el frío y la tormenta, sino por la miserable carga de su corazón. Como era de esperarse, el pastor no pudo llegar aquel día, así que un miembro cualquiera de la congregación, un tipo larguirucho y delgado, ocupó el púlpito y leyó Isaías 45: 22. “*Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra, porque yo soy Dios, y no hay más.*”

Charles nos comenta que este individuo revelaba una completa falta de educación. Era tosco y su discurso era casi insoportable para alguien que poseía refinados oídos poéticos. Ni siquiera podía pronunciar correctamente las palabras.

El sermón de aquel día fue más o menos en estos términos: “Mis queridos amigos: Este es un texto muy simple. No se necesita nada para mirar. No hay que levantar un pie, o un dedo. Se trata solamente de mirar. Un hombre no necesita asistir a una universidad para aprender a mirar. Podrías ser el tonto más grande y, sin embargo, puedes mirar. Cualquiera puede mirar. Pero el texto dice: ‘Mirad a mí’. Muchos están mirándose a sí mismos, pero de nada sirve mirar allí. Nunca encontrarán consuelo en ustedes mismos. Algunos miran a Dios Padre. No, Jesucristo dijo: ‘Mirad a Mí’. Algunos dicen: ‘Tenemos que esperar la obra del Espíritu’. El buen hombre prosiguió: ‘Mirad a Mí’, que estoy sudando grandes gotas de sangre. Mirad a Mí, muerto y enterrado. Mirad a Mí, resucitado. Mirad a Mí, ascendido al cielo. Mirad a Mí, sentado a la diestra del Padre. ¡Oh, pecador, mírame a Mí! ¡Mírame a Mí!”

Luego se quedó viendo a Spurgeon y le dijo: “Jovencito, tienes un aspecto miserable, miserable en la vida y miserable en la muerte; si no obedeces mi texto. Pero si lo obedeces ahora, en este momento, serás salvo”. Alzando la voz, gritó: “¡Jovencito, mira a Jesucristo! ¡Mira! ¡Mira! ¡Mira! ¡Lo único que tienes que hacer es mirar y vivir!”

Spurgeon comenta: ‘Miré en ese momento, y la gracia me fue concedida en aquel instante. La luz estaba allí, pero yo estaba ciego. Yo había oído del plan de salvación desde mi niñez. Pero ahora vi de inmediato el camino de salvación. No sé si el predicador diría algo más. No le presté atención. Fue como con la serpiente de bronce. Yo estaba esperando hacer 50 cosas, pero cuando oí esa palabra: “Mirad”, ¡miré!’ A sus quince años, Charles era sofisticado intelectualmente. Pero súbitamente, de manera inesperada, ¡sucedió! ¡La luz brilló en derredor! Parecía que el propio cielo hubiere bajado. La salvación de Cristo brilló en toda su plenitud.

En esa pequeña capilla metodista primitiva, y con la predicación de un hombre carente de educación, comenzó una peregrinación ministerial que ninguno de los allí presentes habría podido soñar ni con la más descabellada imaginación. Los ojos de Spurgeon fueron abiertos por la dinamita del Evangelio.

Es lo mismo que le sucedió a Giesi, el criado de Eliseo. 2 Reyes 6: 17. Ese pasaje nos informa que hay una realidad espiritual que no vemos. Es como si Dios nos abriese sólo una ventanita para ver la salvación, pero hay todavía otras realidades.

Ahora vamos a viajar a Palestina, y vamos a asistir a una sinagoga donde se encuentra presente el Señor Jesús (el relato está en Mateo 12: 9-14).

Nuestro Señor le dice al hombre de la mano seca: "Extiende tu mano". Este mandato iba dirigido a *un hombre que era irremediabilmente incapaz de obedecer*. "Extiende tu mano." No sé si su brazo estaba paralizado también o solamente lo estaba su mano. Como regla general, cuando una parálisis es total y no es una parálisis parcial, se afecta la mano y toda la extremidad completa. Tanto la mano como el brazo están atacados de parálisis. Usualmente hablamos de este hombre como si la extremidad completa se hubiera secado, y, sin embargo, no leo ni en Mateo, ni Marcos, ni Lucas, ninguna declaración expresa que todo el brazo estuviera seco. Me parece que se trataba de un caso en el que solamente la mano había sido afectada. No podemos concluir positivamente que el brazo no estaba seco, pero podemos observar que nuestro Señor no dijo: "extiende tu brazo," sino "extiende tu mano," señalando de esta manera la mano, como el lugar donde estaba la parálisis. Si hubiera dicho: "extiende tu brazo," como el texto no declara que el brazo estaba seco, habríamos dicho que Cristo el ordenó hacer exactamente lo que él era capaz de hacer, y no habría ningún milagro en ello. Pero en tanto que dice: "extiende tu mano," es claro que el mal estaba en la mano, y no en el brazo. Y así le estaba pidiendo que hiciera lo que no tenía la posibilidad de hacer, pues la mano del hombre estaba evidentemente seca. No era una enfermedad fingida. No estaba pretendiendo ser un paralítico, sino que realmente estaba incapacitado. La mano había perdido el jugo de la vida. Los líquidos que le daban fortaleza se habían secado por completo, y allí estaba como una cosa seca, marchita, inútil, con la que no se podía hacer nada; y sin embargo fue a ese hombre que Jesús le dijo: "extiende tu mano."

Es muy importante que notemos esto, pues algunos de ustedes que están bajo la carga del pecado piensan que Cristo no salva a pecadores reales; que esas personas a las que salva, en cierto sentido, no son tan malos como ustedes; que no hay en ellos la enormidad de pecado como la hay en ustedes, o si la hubiera, no hay la desesperanza ni la impotencia que se encuentra en ustedes. Ustedes se sienten secos y completamente sin fuerzas.

Pero nos queda muy claro que no podía mover su mano, y sin embargo el Salvador se dirigió a él como si pudiera moverla; y en

esto yo veo un símbolo de la forma en que el Evangelio habla al pecador; pues el Evangelio clama al que está hundido en su miseria y en su incapacidad: "a vosotros es enviada la palabra de esta salvación."

Precisamente tu incapacidad y tu inutilidad son el espacio en el que el poder divino puede ser manifestado, y debido a que eres incapaz de ese modo, y porque eres inútil de ese modo, por eso el Evangelio viene a ti, para que se vea que la excelencia del poder habita en el Evangelio, y en el propio Salvador, y de ninguna manera en la persona que es salva.

Por tanto el mandato que trajo consigo la salud, fue dirigido a alguien que era completamente incapaz.

- Los fariseos sabían que lo podía sanar (Lucas 6: 7). La duda no era si lo sanaría o no, sino si lo sanaría en el día de reposo.
- Vieron el milagro, un milagro que al día de hoy no se podría llevar a cabo, porque la medicina moderna no podría injertar una mano idéntica a la otra.
- La operación se llevó a cabo en un instante, a una palabra del Señor.
- Esa palabra con poder es la que salva. Es la palabra a la que hace referencia Pablo: "Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree" (Romanos 1: 16).

Bien, demos un paso adelante, y observemos lo que hizo el Salvador. *Él dio la voz de mando*, diciendo: "Levántate, toma tu lecho, y anda". El poder mediante el cual el hombre se levantó no estaba en él mismo, sino en Jesús; no fue el mero sonido de la palabra lo que lo hizo levantarse, sino que fue el poder divino que acompañó a la palabra. Yo creo en verdad que Jesús habla todavía por medio de Sus ministros; yo confío que está hablando por *mi* medio en este momento, cuando en Su nombre les digo a ustedes, que han estado esperando junto al estanque: ¡no esperen más, antes bien, en este instante crean en Jesucristo! Confíen en Él ahora. Yo sé que mi palabra no hará que ustedes lo hagan, pero si el Espíritu Santo obra por medio de la palabra, ustedes creerán.

Les ruego que observen que aunque no se dice nada en el texto acerca de la fe, con todo, *el hombre debe de haber tenido fe*. Supón que tú hubieras sido incapaz de mover la mano o el pie durante treinta y ocho años, y que alguien te dijera junto a tu lecho: “¡Levántate!”; tú no pensarías en intentar levantarte, pues sabrías que es imposible; tienes que tener fe en la persona que profirió las palabras, pues, de lo contrario, no harías el intento. Me parece ver al pobre hombre: allá está, como un montón, como un manojo retorcido de torturados nervios y músculos paralizados; sin embargo, Jesús le dice: “¡Levántate!”, y él se levanta al instante.

“Toma tu lecho”, le dice el Maestro, y él carga con el lecho. Allí estaba la fe del hombre. El hombre era un judío, y él sabía que, según los fariseos, sería algo muy perverso que enrollara su colchón y lo cargara el día de reposo; pero debido a que Jesús se lo dijo, no hizo ninguna pregunta, sino que dobló su camilla, y caminó. Hizo lo que se le dijo que hiciera, porque creía en quien se lo dijo. Pobre pecador, ¿tienes *tú* tal fe en Jesús? ¿Crees que Cristo puede salvarte? Si lo crees, entonces yo te digo en Su nombre, ¡confía en Él! ¡Confía en Él ahora! Si confías en Jesús, serás salvo esta mañana, serás salvado en el acto, y serás salvado para siempre.

Sobre la base de todas estas consideraciones previas, vamos a analizar ahora la parábola del sembrador.

La Parábola del Sembrador **Mateo 13: 1-9**

Jesús hace algo aquí que no había hecho antes. Por primera vez en el Evangelio de Mateo, Jesús habla por parábolas. La parábola puede ser un enunciado o una historia que usa un lenguaje figurativo para evocar una realidad que está más allá del nivel literal de la historia o del enunciado. La parábola explica mediante analogías, o una comparación de un hecho conocido, de una situación, o de una experiencia, con otro hecho que es menos familiar. Una parábola, como una ilustración, hace una comparación entre una verdad conocida y una verdad desconocida; pone a la una junto a la otra. En la primera de siete parábolas, habla acerca de un sembrador que sale a sembrar semilla.

Los discípulos notaron inmediatamente un cambio en el método de enseñanza de Jesús. Ellos no entendieron y la gente que estaba presente tampoco entendió. Entonces la gente les preguntaba a los

discípulos y ellos no sabían qué responder. El Señor proporcionó tres razones para enseñar por parábolas:

1) Estaba enseñando por parábolas para continuar revelando la verdad a Sus discípulos. El Señor dijo que les estaba haciendo saber los secretos del reino del cielo. Secretos o misterios. Muchos comentaristas opinan que el Reino de los Cielos y el Reino de Dios son exactamente lo mismo. Opinan que se usa Cielos para no decir Dios. Pareciera que sí hay una distinción: el Reino de Dios nunca incluye a los inconversos, a las personas que no son salvas, pero el reino del cielo incluye a las personas salvas y a otras personas que profesan ser cristianas pero que no lo son. Esto es visto en la parábola del trigo y la cizaña (Mateo 13: 24-30) y en la de la red (Mateo 13: 47-50).

2) Jesús habló en parábolas para ocultar la verdad a los incrédulos. Los secretos del reino serían explicados a los discípulos y a los creyentes, pero serían ocultados de los líderes religiosos que lo rechazaron (Mateo 13: 11 b, mas a ellos no les es dado), y de los incrédulos. De hecho, lo que habían sabido previamente ya no sería más claro para ellos. La enseñanza parabólica de Jesús conllevaba un aspecto de juicio. Usando parábolas podía enseñar a toda la gente como antes, pero podía explicarlas a quienes Él quisiera explicarlas.

3) Habló en parábolas para cumplir con lo dicho por el profeta Isaías 6: 9-10. Cuando Isaías comenzó su ministerio, Dios le dijo que el pueblo no comprendería su mensaje. Jesús experimentó el mismo tipo de respuesta. Él predicó la Palabra de Dios y mucha gente vio pero no percibió, oyó pero entendió.

Por contraste, los discípulos y los creyentes eran bienaventurados porque tenían el privilegio de **ver** (entender), y **oír** estas verdades, verdades que la gente del Antiguo Testamento anhelaba conocer. Los discípulos vieron y creyeron. Los líderes vieron y lo rechazaron. Como los líderes rechazaron la luz que les había sido dada, Dios ya nos les dio ninguna luz adicional.

Salió a sembrar. No salió a experimentar. Salió a cumplir con su oficio. Tiene un propósito definido. Siembra una semilla para que nazca una planta que produzca. Es un sembrador. No es un aprendiz ni un primerizo que está aprendiendo a sembrar. Sale a cumplir su oficio. El sembrador debe conocer la tierra, los diferentes tipos de terreno y sabe dónde arrojar la semilla y dónde no obtendrá ningún fruto si la arrojase allí. Además hay tierras específicas para

diferentes tipos de semillas. Hay tierras que son buenas para ciertos tipos de productos agrícolas, y otras para otros tipos. En otras palabras, el sembrador tiene conocimiento de su oficio porque ha visto los resultados obtenidos en las cosechas anteriores. Por eso sabe cuál es la época en que hay que sembrar, y no sólo el terreno en que hay que sembrar.

En esta parábola se nos habla de varios tipos de terrenos. En su mente pueden visualizarlo de la manera que quieran, incluso pueden hacer muchas combinaciones posibles y poner el camino a un costado o en diagonal atravesando los terrenos o muy sinuoso y cubriendo toda la extensión de los terrenos. Los pedregales podrían estar ubicados en todas partes o podrían estar restringidos a una zona. Lo mismo se puede hacer con los espinos. Pero estos obstáculos sólo harían que el sembrador fuera más prudente. Que lanzara con sumo cuidado la semilla, casi depositándola con mucho cariño en el terreno que identifica como bueno.

Y mientras sembraba... Mientras está desempeñando su oficio, que hace con toda diligencia, porque de la atención a su actividad dependerá el resultado obtenido. Va viendo atentamente el terreno y va arrojando la semilla en la cantidad que ya conoce, en cada área del terreno. Tantas semillas por metro cuadrado. En la parábola se nos informa el efecto final de la acción del sembrador. Cayó junto al camino, porque fue arrojada junto al camino. No describe la acción inicial sino el efecto final de la intención del sembrador. La palabra del reino es predicada a personas que no la entienden –y esas personas somos todos nosotros, básicamente- y viene el malo y arrebató lo que fue sembrado en el corazón. Notemos que dice “parte” y no habla de alguna pequeña fracción que se cayó accidentalmente de su mano, y que sería lo aceptable que cayera junto al camino, si se tratara de un sembrador con conocimiento. Es parte de una siembra intencional. Es parte de un plan intencional del sembrador.

Parte cayó en pedregales, donde no había mucha tierra. Cayó en pedregales, acción final, porque fue arrojada en pedregales, aunque no hubiera mucha tierra. Un sembrador experimentado, cuando ve poca tierra, evita esa zona y se va a otra zona donde haya buena tierra. Este grupo de personas oyen la palabra y al momento la reciben con gozo, pero es de corta duración pues al venir la aflicción, o la persecución por causa de la palabra, luego tropieza.

Y parte cayó entre espinos, nuevamente describe un resultado de una acción intencional, porque esa parte fue arrojada entre espinos. Y los espinos crecieron, y la ahogaron. Las personas de este grupo oyen la palabra pero el afán de este siglo y el engaño de las riquezas ahogan la palabra, y se hace infructuosa.

Son cuatro siembras pero son tres terrenos. El cuarto terreno, el terreno productivo surge posterior a la siembra. Hasta antes de la siembra, era inexistente. Es un terreno que surge por la siembra en los otros tres terrenos.

La tierra que está junto al camino parece que está en un grado de corrupción tal que Satanás está presente allí. “Viene el malo y arrebató lo que fue sembrado en su corazón”. Nos dice Lucas: “Luego viene el diablo y quita de su corazón la palabra, para que no crean y se salven”. Satanás está al alcance de la mano. Tiene dominio y control sobre el corazón. Hace movimientos rápidos sin que nada se lo impida. Pero aun de esa tierra corrupta nuestro Señor puede generar una buena tierra.

El proceso interno que hace que un terreno que no es propicio se vuelva propicio está descrito gráficamente por la expresión de nuestro Señor: “El que tiene oídos para oír, oiga”. Recordemos lo que nos dice Proverbios 20: 12: “El oído que oye, y el ojo que ve, ambas cosas igualmente ha hecho Jehová”. ¿Cómo comienza nuestro Señor la explicación de la parábola del sembrador? Recordemos que está dirigiendo su explicación a Sus discípulos y a todos los que debían creer. “Oíd”. Les acababa de decir en un versículo anterior: “Pero bienaventurados vuestros ojos, porque ven; y vuestros oídos, porque oyen”. Entonces ese: “Oíd” lleva la dinamita requerida para que oigan.

Allan Román